

1. ¿Enseñar Filosofía?: El mantra del espíritu crítico

Si pidiéramos a nuestros compañeros razón de por qué es necesaria la enseñanza de la Filosofía en la Educación Secundaria Obligatoria y en el Bachillerato, la mayoría de ellos nos argüiría, con cierto aire de autosuficiencia, que es imprescindible para cultivar en el alumnado *espíritu crítico*.

A veces, muchas veces, al pedirles razón de la peculiar esencia de tal espíritu, uno tiene la sensación de que repiten de *memorieta* la cantinela de que hay que *generar un pensamiento autónomo*¹ emprendiendo una *reflexión crítica sobre las ideas y prácticas que constituyen nuestro entorno cultural*²: *vital y formativo*³.

Siempre me ha llamado la atención esta expresión: *espíritu crítico*. ¿Qué oculta? ¿Cuál es su significado real?

Estas cuestiones son las que nunca se abordan y no por pudor sino porque nuestra tan usada expresión, a base de repetirse, funciona como un mantra que acalla la conciencia creando una sensación de aquietamiento, ausencia de pensamiento y, como ya indiqué antes, autosuficiencia.

El caso es que los mantras me inquietan por su falsa paz. Falsedad que se revela en este que abordamos en que, siendo ausencia de pensamiento, lo es de filosofía y, además, genera esa actitud autosuficiente (*hybris*) totalmente opuesta a la humildad que brota del asombro. Y es que la razón del filósofo se mueve desde el asombro con discreta humildad.

No voy a entrar aquí en la intención de los defensores del mantra con lo que prefiero suponer que es una falacia a un sofisma; lo que sí sé es que hay que desvelar su contenido oculto.

Seamos sinceros quitándonos la careta de autosuficiencia profesoral, ¿qué entienden nuestros alumnos cuando les hablamos de espíritu crítico?

Desde luego lo refieren al verbo *criticar* y no en su primera acepción (*analizar pormenorizadamente algo y valorarlo según los criterios propios de la materia que se trate*⁴) sino más bien en su segunda (*hablar mal de alguien o de algo, o señalar un defecto o una tacha suyos*⁵).

La filosofía es el *arte de criticar*, de *hablar mal*.

¹ BOE. Real Decreto 243/2022, de 5 de abril, por el que se establecen la ordenación y las enseñanzas mínimas del Bachillerato. Núm. 82. Miércoles 6 de abril de 2022. Sec. I. Pág. 46177.

² Ib. Pág. 46176.

³ Ibídem.

⁴ RAE. *Criticar*. Primera acepción. Vigésimotercera edición (2014). <https://dle.rae.es/criticar>

⁵ RAE. *Criticar*. Segunda acepción. Vigésimotercera edición (2014). <https://dle.rae.es/criticar>

¿De qué? De todo. ¿De quién? De todos. Es la filosofía la difusora de esa actitud escéptica que invita a desconfiar de todo y de todos. ¿Por qué? Porque no hay verdad, solo opinión. Es así que, sin decirlo, alzamos como filósofos a Protágoras y Gorgias con su relativismo y escepticismo y enterramos a Sócrates trastocando la filosofía en sofistería al alardear de *espíritu crítico*.

Mas no solo eso. Resulta el escepticismo imposible de radicalidad vital ya que no se puede ser escéptico ni en la aniquilación total de uno mismo⁶. De ahí que el escéptico haga trampas: es escéptico con respecto a los otros pero nunca con respecto a sí y sus intereses. Se revela así, en flagrante contradicción, de aprendiz de escéptico en fuente de verdad nunca confesada pero siempre pensada: “Yo siempre tengo razón”.

Cuando toma conciencia del contenido de su pensar descubre al otro como potencial e inevitable enemigo con el que antes o después colisionará. Está condenado a la guerra total en la que solo el más fuerte triunfa sabiendo, a pesar de no querer reconocerlo, que, aunque venza, siempre aparecerá, antes o después, otro más fuerte que él.

Surge así la necesidad de establecer un estratégico pacto de no agresión mutua. Falso por estratégico. Pacto de nombre curioso: *tolerancia*. Palabra con un cierto halo mágico pues parece aquietar la conciencia colectiva de los biempensantes, de los ingenuos y de los débiles reduciendo así el número de enemigos.

Curiosa palabra por su procedencia. Hija del verbo latino *tolerare*: *soportar*. Nos da, por genealogía, su íntimo sentido: *soportar mientras*. ¿Mientras que? Mientras consigo que el otro sirva a mis intereses o, si mi estrategia falla, se convierta en enemigo a batir y, a ser posible, a abatir.

Crítico espíritu el que, según muchos de nuestros compañeros, da el sentido a nuestro saber filosófico. Cultivo de la opinión ausente de verdad, servicio al propio interés donde siempre el otro es o instrumento o enemigo. Fomento del individualismo atroz en nombre de una insana libertad que degenera, sí o sí, en soledad y nihilismo.

¿Es este el sentido educador de la Filosofía?

Tal vez el problema resida en no saber qué es lo que enseñamos. De ahí que tengamos que empezar por volver a hacernos la gran pregunta: *¿Qué es Filosofía?*

⁶ Aristóteles lo manifiesta con cierta gracia al exponer la posición de los que no reconocen nada estable (verdadero) en la *physis* y consideran que todo está en continuo cambio. Así dice: *De esta concepción surgió, en efecto, la opinión más extremosa entre las mencionadas, la de los que afirman que heraclitizan, y tal como la tenía Crátilo, el cual, finalmente creía que no se debía decir nada, limitándose al mover el dedo, y censuraba a Heráclito por haber dicho que no es posible entrar dos veces en el mismo río, pues él creía que ni una (Metafísica, 1010 a 10).* (La negrita es mía). El que no dice nada es el que, al fin y al cabo, indica que la única forma posible del escepticismo es no ser, no existir. Por ello, la impostura del callar, como metáfora del no-ser. Pero Crátilo, como no podía ser de otro modo, hace trampas aunque se calle: *señala y niega*. En esa breve indicación se muestra la imposibilidad vital de la posición escéptica ya que para sostenerla hay que ser -señalar- y, al hacerlo, se niega el propio escepticismo. ¿Sería el suicidio -entendido como acceso al no-ser- posibilidad de validez de la posición escéptica? Evidentemente, no ya que este parte de la afirmación del ser. Hay que ser (verdad) para acceder al no-ser.

Quizás y además, tampoco sepamos que *enseñar* es sinónimo, aunque vago y descafeinado, de *educar*. Surge así nuestra segunda pregunta: ¿Qué es *educar*?

2. ¿Qué es Filosofía?

En el origen de la filosofía era el *asombro*, en el ahora de la sofistería la *curiosidad*.

Es esta última, *actitud aprehensiva* que repta con la impaciencia de un yo autosuficiente moviéndose por el exclusivo interés propio, por su *gusto*, recreándose con mirada narcisista en la exclusiva, totalitaria y excluyente *opinión* del curioso yo que es norma de lo siempre *correcto*, fruto de un fisgoneo intrusista e impúdico que busca el dominio para autoafirmarse. Actitud que se nos vende con gala de autonomía cuando en su desnuda verdad no es más que *autismo* puro y duro.

Por el contrario, el asombro es un regalo, don que acontece a un yo dependiente de otro y, por ello, humilde. Don que pone en movimiento el connatural deseo de bien que se expresa como búsqueda de la *belleza* y que camina con la vista puesta en lo que adviene. Y, de admiración en admiración va descubriendo *verdades* que le llevan a anhelar el gozo de la vida en el bien buscado, esperado y, finalmente, acogido y encarnado en la vida propia que brota de la comunión con el tú otro.

Dos tríadas opuestas: *Gusto-Opinión-Corrección (moral⁷)* que caracteriza a la *curiosidad* frente a *Belleza-Verdad-Bien (ético⁸)*, tríada propia del *asombro*.

La actitud filosófica es un despliegue del don del asombro y el que lo ha recibido sabe que la filosofía es una llamada, una vocación que se profesa, un modo de vivir que no se ajusta a un horario laboral. Siempre se es filósofo, a todas horas.

Vida que no es meramente teórica. No es el filósofo un escudriñador que simplemente busca saber, el *saber por el saber*, como parece defender el tan leído, difundido y afamado Nuccio Ordine⁹. No. La filosofía es busca y espera de la *sabiduría (sophía)* no mera *ciencia (episteme)*.

Y, ¿qué es *sabiduría*?

A mi humilde parecer, no lo que define Aristóteles como tal:

... el sabio no sólo debe conocer lo que sigue de los principios sino también poseer la verdad sobre los principios. De manera que la sabiduría será intelecto y ciencia, una especie de ciencia capital de los objetos más honorables¹⁰.

⁷ En el sentido de *costumbres* y, por tanto, relativas. Este aspecto del término *moral* cuando no se utiliza como sinónimo de *ética* es el que quiero poner de relieve.

⁸ Por contra aquí utilizo el término *ético* para resaltar la objetividad del valor y el bien moral.

⁹ Nuccio Ordine. *La utilidad de lo inútil*. Barcelona. Acantilado, 2022.

¹⁰ Aristóteles. *Ética a Nicómaco*, 1141a 20.

Es, para el Estagirita, la sabiduría (*sophía*) la unión entre la ciencia demostrativa (*episteme*) y el conocimiento intuitivo de los primeros principios (*nous*).

Nuestro filósofo se ha quedado en una concepción meramente teórica (intelectualista) de la sabiduría a pesar de que esta tenga repercusiones éticas al generar un estilo de vida moral que, a través de la prudencia (*phrónesis*) -virtud puente entre la vida práctica y la teórica-, aspira al divino ideal de la sabiduría (*sophía*).

Tiendo a pensar que Sócrates entendió mejor. Partiendo de la interpretación del lema del templo delfico a través de la voz oracular de la *pitía* que llegó a sus oídos en la *mediación* de su amigo Querefonte comprendió que la tarea fundamental del filósofo consiste en el conocimiento y cuidado de la suprema realidad: la vida propia.

Conócete a ti mismo se convirtió en el objeto primordial del examen filosófico insistiendo en que una vida que no se autoexamina en profundidad y con continuidad es una vida baldía, sin sentido.

El punto de partida de este examen es el *reconocimiento de la propia ignorancia* para lo que hay que eliminar prejuicios a fin de atender a lo que las cosas son.

Atención que, en diálogo con otros, se concentra sobre la cosa y la escudriña buscando luz. De brillo (*doxa*) en brillo (*doxa*) va buscando aquél que proceda no de ilusos reflejos sino el que, de procedencia auténtica, revele la fuente de la que mana. Esa fuente que se instalará como conocimiento verdadero (*episteme*) y por tanto inolvidable (*aletheia*).

Verdad donada que pide avanzar de verdad en verdad buscando su Verdad fontal. (Aquí acabaría la aristotélica sabiduría). Pero Sócrates va más allá. Sabe que la fuente de las verdades eternas es exigente: quien encarna la verdad que le ha sido regalada en su vida, el *bueno*, es el auténtico sabio.

De ahí esa compleja afirmación, tan debatida y, a mi pobre juicio, tan mal comprendida que de forma terrible se ha denominado *intelectualismo moral: el malo es ignorante*¹¹.

Todos somos malos mientras no lleguemos a ese conocimiento íntimo de la verdad que no solo nos haría asentar a ella sino plegar nuestra voluntad en un acto auténtico de suma libertad que elegiría el bien encarnándolo en la propia vida. Es verdad, que, a veces, nos parecemos a esos amigos de las musas (*philomousikoi*)¹² que tocan lo eterno y lo encarnan en su obra. Nuestra obra: la propia vida.

Pero esos breves retazos de auténtica vida verdadera, vida buena, nos ponen ante los ojos nuestra radical insuficiencia. Nos vemos incapaces de una vida en continuo ejercicio de sabiduría.

¹¹ Jenofonte. *Recuerdos de Sócrates*, III, 9, 4-7.

¹² Platón. *Fedro*, 248d.

En ese sentido, palpamos nuestra ignorancia, nuestro mal. Entonces, ¿desistir?, ¿optar conscientemente por la ignorancia?, ¿optar por la injusticia?, ¿por el mal?

Sócrates resiste al mal. Hay una verdad que brilla: *Mejor padecer injusticia que cometerla*. El error consciente se resiste, la ignorancia culpable se combate.

Pero ¿cómo combatirla?

Escuchando al *daimon*. Atendiendo a su divina voz que nos guía. A veces hablando, en esos destellos de verdad parcial conocida, y, tantas veces, en ese silencio que no reprende. Si el *daimon* calla, el camino es bueno.

Busquemos pues, avancemos, vayamos de verdad en verdad y recurramos al *daimon* que nos guía obedeciendo a su voz y a su silencio. Ese es el quehacer filosófico, el combate contra la culpable ignorancia, el triunfo del bien, la sabiduría.

Tiene pues la sabiduría, tal como la ve Sócrates, esa unidad de lo universal y lo particular¹³. En lenguaje aristotélico de sabiduría (*sophía*) y prudencia (*phrónesis*). ¿Cómo Sócrates ha podido ver eso que Aristóteles¹⁴ y hasta el mismo Sto. Tomás, en el *Tratado de las virtudes en general*¹⁵, parecen no ver generando una clara dicotomía entre una sabiduría que es un divino ideal y una prudencia propia de los asuntos humanos propios (ética) y comunes (política)?

Quizás tenga la respuesta el mismo Aristóteles, aunque no bien afinada:

*Sería absurdo considerar la política o la prudencia como lo más excelente, si el hombre no es lo mejor del cosmos*¹⁶.

Ese es el problema, el cosmocentrismo aristotélico. No me atrevo a afirmar que Sócrates no fuera cosmocéntrico pero sí sabemos que, por la razón que fuere, los asuntos de la *physis* no le interesaban. Tal vez porque no le parecían ni los más urgentes y, tal vez, ni los más importantes.

El problema de Aristóteles reside en la consideración de la superioridad de lo *universal* (asunto propio de la *sabiduría*) frente a lo *particular* (asunto propio de la *prudencia*). En nuestro tiempo sostenemos lo mismo: lo *objetivo* es superior a lo *subjetivo*.

¹³ No hacía (Sócrates) ninguna distinción entre sabiduría y prudencia (*σοφίαν δὲ καὶ σωφροσύνην οὐ διώριζεν*) sino que juzgaba sabio y sensato al que conociendo lo que es bueno y bello lo practicaba y a quien sabiendo lo que es feo lo evitaba. Jenofonte. Recuerdos de Sócrates, III, 9, 4.

¹⁴ Aristóteles. *Ética a Nicómaco*, 1141 a 20-1142 a 30.

¹⁵ Sto. Tomás de Aquino. *Suma Teológica*. I-II, q. 66, a. 3, sol. (Da la sensación de que Sto. Tomás, si leo bien el texto, ve el problema pero lo soluciona de modo curioso: De modo absoluto la virtud dianoética (sabiduría) es superior a la virtud ética (prudencia). De modo relativo, la ética (prudencia) a la dianoética (sabiduría). Parece que ve el problema mejor que Aristóteles, aunque parezca decir lo mismo que él ya que en su pensamiento la noción de persona es central. Sin embargo, sigue atado a la noción aristotélica (intelectualista) de sabiduría).

¹⁶ Aristóteles. *Ética a Nicómaco*, 1141a20. La negrita es mía.

Deberíamos en esta distinción -utilizo la de nuestro tiempo- añadir un término más. Así, tenemos que distinguir entre lo *personal*, lo *objetivo* y lo *subjetivo*. Y afirmar que lo *personal*, a saber, lo que tiene que ver con la persona, es lo *absolutamente objetivo*.

Me permito citar a Hildebrand que lo ve con claridad, aunque no lo denomina lo *personal*:

Subjetivo puede querer decir (...) perteneciente al mundo personal, en cuanto opuesto al mundo impersonal; en este sentido mentaría algo perteneciente al sujeto personal...

*El que un ser sea subjetivo en este (...) sentido no supone en absoluto nada peyorativo o restrictivo, ni un menor grado de validez o inferioridad respecto a los seres no personales a los que llamaríamos en este contexto “objetivos”. **Podemos ir aún más allá y afirmar que estos seres subjetivos, estas entidades personales, son superiores en el ser a las objetivas, a los seres no personales. Poseen un ser más elevado e, incluso, más “real”***¹⁷.

En definitiva, la sabiduría, el objeto de la filosofía es lo más objetivo, no por universal, sino por personal y lo más subjetivo, no por ser asunto meramente opinable, sino por contener la verdad más auténtica: la de la persona.

¿Qué es filosofía? Amor a la sabiduría. Pero si la auténtica sabiduría ha de encarnarse en la vida personal, es amor a la persona. Mas no como amor de *philía*, en sentido griego¹⁷, sino como amor incondicional, amor de *agape*. Y es que la filosofía no es otra cosa que *agapología*.

¿Espíritu crítico? Ni por asomo. *Sabiduría y amor*. Eso es la filosofía y eso es lo que como filósofos y profesores de filosofía deberíamos fomentar. O somos socráticos o no somos filósofos.

3. ¿Qué es educar?

Si algo hay ineludible en el socratismo, es la percepción de que la llamada a la sabiduría no va dirigida solo al filósofo del que hablaba la délfica *pitía*. El socrático sabe que *todos somos Sócrates*. De ahí que sea llamado a educar a todo otro.

¿Qué es educar?

¹⁷ Para el sentido griego del término *philía* resulta imprescindible el artículo “*Philos*” de Emile Benveniste en *Vocabulario de las instituciones indoeuropeas*. Madrid. Taurus, 1983, pp. 216-227.

El arte de encauzar el deseo provocando la apertura de la inteligencia y movilizandó la voluntad a fin de que acontezca el instante que engendre en el educando vida buena y lograda (eudaimonía) que sea fecunda iluminando la vida de los otros¹⁸.

Analicemos la definición:

En primer lugar, educar es un *arte*, una *técnica*. Generalmente, lo propio de las técnicas es producir algo. No es el caso del *arte* de educar porque el material al que se aplica no es un objeto sino un *sujeto*, una *persona*.

Por tanto, la *persona* no es una *materia* que deba ser *conformada*, modelada sino un sujeto único al que hay que ayudar a crecer (*educere*) sabiendo que el crecimiento no puede ser producido por el educador externo pues depende de la libre voluntad del educando. Así pues, el auténtico educador es el propio educando.

Partiendo de que la técnica educativa siempre será infructuosa si el educando no toma la iniciativa de autoeducarse podríamos afirmar que el arte de la educación es una técnica de la pro-vocación.

Su objetivo es llamar al educando a que se haga cargo de sí a fin de desplegar el crecimiento y la floración de su ser personal. Por eso es pro-vocación: llamada hacia delante.

Llamada hacia el despliegue de la *belleza* del ser personal. Belleza que es brillo, esplendor, de la verdad de la persona, y plenitud del bien de su ser personal (*kalokagathía*).

Pero si esa es la llamada que el educador debe hacer al educando para que se haga cargo de su vida, es clave conocer el qué de la realidad personal. Sin una recta concepción antropológica adecuada a su realidad, no ideológica, la tarea educativa se torna imposible o, más bien, dañina porque si no se educa, se deseduca. Si no se crece, se decrece.

Miremos, con brevedad, a la realidad personal intentando comprenderla.

Es la persona *individuo y relación*.

Individuo. Es decir, un *yo único, irrepetible e insustituible*. Eso sí, en camino, *perfectible*. Con una clara dirección al Bien que se manifiesta en la triple tendencia de sus tres facultades: la afectividad que tiende a la belleza, la razón que busca la verdad y la voluntad libre que está llamada a escoger y a realizar el bien.

Mas la paradoja es que solo puede llegar a ser auténticamente yo desde la *alteridad*, la relación con el otro. Un otro no abstracto sino concreto, con rostro. Otro con

¹⁸ La definición es mía tomando como base y completando la de Abilio de Gregorio en "Educación de la interioridad" artículo contenido en *4 miradas*. Burgos. Monte Carmelo, 2016, p. 102: *Intuyo que, el arte de la verdadera educación es el arte de provocar la apertura de la inteligencia y movilizar la voluntad del educando preguntando. La pregunta en su sentido primigenio percontari = sondear, averiguar el fondo del río, tantear la profundidad.*

mayúscula, Dios, que se muestra en el carácter finito y perfectible de mi yo¹⁹; otro, con minúscula, que se me da como rostro próximo en las relaciones de encuentro interpersonal. Relaciones que, para ser auténticas, deben seguir el modelo de la relación de amor agápico. Amor que busca el bien del otro desinteresada e incondicionalmente. Amor de donación.

Es la donación al otro la que pone en marcha de manera auténtica mis facultades en la búsqueda de su bien pues en esa donación busco ser lo que debo ser para entregárselo a quien amo. De nuevo, paradoja. Solo cuando mi centro es el otro puedo crecer en línea de perfección al establecer con él una relación de comunión agápica.

Esas son las claves del proceso educativo, pero nos resta entender el funcionamiento de las facultades humanas.

La persona, el *corazón*, como lo llama la antropología judía²⁰, es *inquieta*. Nacemos como deseo. Ese deseo primordial que se dirige hacia el Bien perfecto.

Y el deseo, como todo lo afectivo, se presenta con dos dimensiones²¹:

✓ Es *motivo*, lo que nos mueve. Tendencia con dirección. La del Bien. En tanto que nos mueve es *emoción*.

✓ Es *afecto*, lo que nos viene dado. En ese sentido nos afecta, se padece, es *pasión*.

Nos manifestamos originariamente como deseo. Real, aunque no consciente. Somos, como bien decía S. Agustín, *corazón inquieto*²².

Pero el deseo no es ciego sino tuerto ya que para ver necesita de las facultades, esas capacidades fundamentales que tiene el hombre: Afectividad, Razón y Voluntad.

¹⁹ René Descartes. *Meditaciones metafísicas*, AT 34-52.

²⁰ No es una casualidad que el Antiguo Testamento escoja al corazón (...) como elemento representativo de toda la interioridad del hombre. (Dietrich von Hildebrand. *El corazón*. Madrid. Palabra, 1996, p. 57, nota 1). (Para este asunto es fundamental el libro de Claude Tresmontant. *Ensayo sobre el pensamiento hebreo*. Madrid. Taurus, 1962). El corazón es el punto de la interioridad (*nequdá haPenimiut*), este punto en que en el alma humana lo infinito toca lo finito (Catherine Chaliel. *Tratado de las lágrimas*. Salamanca. Sígueme, 2007, p. 199).

²¹ La palabra padecer (*pati*) se emplea de tres modos. Uno, en sentido general, en cuanto que **todo recibir es padecer**, aunque nada se sustraiga de la cosa, como si se dijera que el aire padece cuando es iluminado. Pero esto más propiamente es ser perfeccionado que padecer.

Según otro modo se dice padecer propiamente, cuando se recibe alguna cosa con pérdida de otra. Mas esto sucede de dos maneras. Algunas veces se quita a la cosa lo que no le es conveniente, como cuando el cuerpo de un animal es sanado, se dice padecer, porque recibe la salud, siendo eliminada la enfermedad.

Otras veces ocurre lo contrario, y así enfermar se dice padecer porque se recibe la enfermedad, con pérdida de la salud. Y este es el modo que se aplica con mayor propiedad a la pasión. Pues **se dice padecer por cuanto una cosa es atraída hacia el agente** (...) (Santo Tomás de Aquino, *Suma de Teología*, I-II, q. 22, Sol.). (La negrita es mía).

²² Nos hiciste para ti y nuestro corazón está inquieto hasta que descansa en ti (San Agustín. *Confesiones*, I, I, 1.).

El *deseo fundamental* (eros²³) se desborda en multiplicidad de deseos y de afectos. Deseos y afectos que indican múltiples direcciones. Unas mejores y otras peores. Originariamente todas buenas, pero diversamente buenas.

Esos deseos llegan a la razón, el órgano de conocimiento de lo real. Y según haya avanzado y avance su conocimiento de la realidad esta va, al mismo tiempo, desgranando los deseos, ordenándolos y deliberando en cada situación cuáles son los mejores en aquí y en ahora. La razón enjuicia, criba y, cribando, da criterio. Su criterio proporciona a la voluntad libre la selección de deseos que debe elegir y poner en acción a fin de que el deseo alcance el Bien entendido y, así, perfeccione la vida personal, avanzando en el camino de la vida buena y lograda (*eudaimonía*).

Pero hete aquí que, en razón de su perfectibilidad, el ser humano, allá, lejos muy lejos, y acá, cerca muy cerca, escogió y escoge el mal, lo malo, lo que le destruye.

Así, la *inquietudo cordis* se torció, y se tuerce. Esa diversidad de deseos oblicuos en los que explota da lugar a multitud de deseos *indeseables* porque ya no dirigen al Bien y a la *eudaimonía*, solo se dirigen sobre sí mismos como esa serpiente que se engulle comiéndose su cola, el *uróboros autista*²⁴. Se constatan, así, dos tipos de deseos porque la afectividad se parte en dos, la razón se densifica y parece que asistimos a la lucha entre dos voluntades. El corazón se torna roto. Ya no hay armonía, concordia, sino agonía. El ser humano es un ser en lucha (agónico) y la lucha se libra en su interior. O recomponer su naturaleza o ahondar la ruptura. O elegir el Bien perfecto u optar por su negación, el mal. O amar a Dios u odiarlo.

Es necesario hacer una elección radical consciente, libre y plenamente interiorizada que responda a la pregunta: *¿Hacia dónde voy a dirigir mi vida?* Esa opción es clave para el crecimiento personal. Elección radical que no se puede omitir y tampoco debe ser superficial. El bien no entiende de medias tintas. Ahora bien, esta opción marca una dirección, nunca soluciona problemas. No debemos olvidar que estamos heridos y que somos capaces de bien y de mal. Mas si nuestra disposición vital se enraíza en el bien, aunque hagamos lo malo, y lo haremos, sabremos que debemos levantarnos y que no hemos de cansarnos nunca de estar empezando siempre.

Imprescindible vivir en un espíritu de *repetición* constante de la elección radical primera, conversión, en que estemos renovando nuestra relación con el otro-Otro, nuestro amor de ágape manteniendo firme la orientación de nuestras facultades.

Nos autoeducamos y educamos al otro desde la elección radical primera continuamente renovada, *disposición vital de raíz*.

La educación siempre asume el nombre del educando. Educamos *como si* nuestros educandos, hubieran hecho esa elección radical e intentando iluminar el camino para que vayan interiorizando hábitos y constituyendo virtudes que les ayuden el día de mañana a realizar la buena elección, la que la *inquietudo cordis* pide: la elección del Bien

²³ Vid. el discurso de Sócrates que narra su encuentro con Diotima (Platón. Banquete, 201d-212c).

²⁴ Tomo la expresión de Diego Rosales. *Antropología del deseo*. Salamanca. Sígueme, 2020, p. 162.

sin restricciones ni limitaciones. Una elección radical, de raíz, que enraíce sus vidas y les permita crecer y florecer.

Ese es el punto de partida de toda auténtica educación, la elección, por parte del educador, de la vida en el bien y la transmisión entusiasmada de esa forma de vida: la *provocación*. Es por ello que el educador siempre debe estar en espíritu de permanente conversión. Debe tener conciencia de que es un fracasado. Se podría afirmar, en este sentido, que educar es fracasar. ¿O es que alguno de nosotros puede decir que es plenamente bueno y que su amor es perfecto?

Educación supone atender a todas las facultades de la persona y a su armonía. Por ello es imprescindible una educación de la afectividad, así como de la razón y de la voluntad. Educación que tiene que buscar siempre la armonía porque el hombre no es solo afecto ni sola razón y, tampoco, exclusiva voluntad.

Es cierto que quizás la facultad en la que más haya que incidir sea la voluntad²⁵ porque es esta la reina de la acción, la que traduce en vida ya que *las ideas, por geniales que sean, solo empiezan a entenderse cuando se comienzan a vivir*²⁶. Mas ello no quiere decir que nuestra labor educativa se centre exclusivamente en ella ya que una voluntad que no se funda sobre un orden en los afectos y una razón en constante búsqueda de la verdad es una voluntad mal educada.

En definitiva, toda auténtica educación debe estar anclada *en la esencia de la persona como presupuesto y en el valor de la persona como fin*²⁷.

Ahora la definición de la que partíamos cobra sentido. Repitémosla.

Educación es un arte, *el arte de encauzar el deseo provocando la apertura de la inteligencia y movilizándolo a fin de que acontezca el instante que engendre en el educando vida buena y lograda* (eudaimonía) *que sea fecunda iluminando la vida de los otros*.

4. Filosofía y educación

Volvamos a la consideración que hacíamos y que nos llevó a plantearnos la pregunta acerca del qué de la educación. Afirmábamos que es de la esencia del socratismo la labor educativa.

Planteado de otro modo: ¿Qué tiene que ver la filosofía con la educación?

²⁵ Bienvenido Gazapo. *Tomás Morales, forjador de hombres. Aproximación a su estilo educativo*. Madrid. Encuentro, 1997, p. 51.

²⁶ Tomás Morales. *Forja de hombres*. Madrid. Cruzados de Santa María, 1987, p. 286.

²⁷ Dietrich von Hildebrand. “¿Hay una legalidad propia de la pedagogía?” En *Escritos breves sobre la educación*. Pamplona. EUNSA, 2024, p. 116.

Nuestra afirmación incide es que la relación entre ambas es *esencial* y, por tanto, *necesaria*. En consecuencia, *ineludible*.

Si la filosofía es *amor a la sabiduría* y si esta expresión es equivalente a *amor a la persona*, entenderemos que no hay mayor amor a la persona que implicarse con ella a fin de que “alcance”²⁸ la plenitud de su ser personal, su *sabiduría*.

Y esa es la misión, tan olvidada, de la filosofía. Recordemos las palabras de Sócrates en el segundo discurso de su defensa ante el tribunal ateniense:

*... dirigiéndome en privado a cada uno presté el mayor de los servicios (...) al dedicarme así a procurar persuadir a cada uno de vosotros de que no se cuide de ninguna cosa suya más, ni antes, que de cuidarse de sí mismo, a fin de llegar a ser lo mejor y lo más sabio posible*²⁸.

No puede ser más claro, pero ¿cómo hace esto la filosofía?

Invitando a mirar a la realidad, a asombrarse y, a seguir la exigencia de la razón de desentrañar su verdad y no guiado fundamentalmente por el *uti* (la utilidad) sino por el *frui* (el gozo)²⁹. Y, ¿qué es el gozo sino el fruto del *amor*? Invitar a mirar a la realidad es invitar al amor al otro porque quien ama a otro es el que mira con pasión a la realidad.

Pero el amor es un regalo que debe ser preparado. Y es necesario que el que ama acompañe al que todavía no ha descubierto al sujeto de su amor hacia ese instante. Por ello el filósofo enamorado apela a la razón. Es esta imprescindible para poder descubrir el tesoro por el que venderlo todo.

Es la razón ese gran ojo vuelto hacia fuera que hay que aguzar porque tiene que *aprender a ver*. Ahí está el filósofo cual tábano exigiéndote mirar aun cuando los ojos te duelan y se cansen. Mirada que escruta nunca sola y siempre en compañía dialogal intentando comprender. Yendo a las cosas mismas, a lo que se da porque es. Y ahí, poco a poco, se va aprendiendo lo que las cosas son y que ser es *donarse*: darse como verdad ante la razón. Quizás en la comprensión de lo que cada uno pueda comprender esto sea lo más importante. Aprender que ser es *don*, entrega.

Es esta tarea propia del filósofo de formar la razón abriéndola a lo real la que posibilita que el ojo pueda volverse hacia dentro³⁰. A mirar el corazón, el núcleo íntimo. Ahí comparece la maraña de deseos y la razón con su mirada afinada ya puede mirar con fineza y cribar los deseos. Podríamos decir que aquí el filósofo enseña la *ascesis catártica del deseo* como el supremo ejercicio de la razón.

²⁸ Platón. *Defensa de Sócrates*, 36c.

²⁹ Gozar (frui) es adherirse a una cosa por el amor de ella misma. Usar (uti) es emplear lo que está en uso para conseguir lo que se ama, si es que debe ser amado. El uso ilícito más bien debe ser llamado abuso o corruptela. S. Agustín. *Sobre la doctrina cristiana*, I, 4, 4.

³⁰ Platón. *Alcibiades I*, 132c.

Pero no queda ahí. ¿Por qué afinar deseos? Para elegirlos a fin de hacerlos vida, a fin de encarnar el bien en la vida propia. Ahí el filósofo llama a la vida buena y la fidelidad constante a ella.

Todo ello es el cuidado de sí que se ha indicar acompañando. Así, ser filósofo es *pro-vocar*: llamar a la vida buena, a seguirla, a encarnarla en la vida propia. Y a acompañar con paciencia y esperanza.

Paciencia porque el camino de la razón es horno lento y si el horno no rinde, la vida no se hornea. Y en esperanza del *instante*³¹ en que el discípulo descubra al sujeto de su amor, su rostro. Así, el filósofo muestra, paso a paso, que él, pobre filósofo, es un amante apasionado del rostro que le regaló su amor. Si hay encuentro, instante, hay conversión a la verdad, a su esplendor, la belleza, y a su fuente, el bien, porque Verdad-Belleza-Bien se aprenden al contemplarse encarnados en la persona amada.

Esto es filosofía y esto es educación. ¿No es acaso lo mismo? De ahí que me atreva a afirmar que el filósofo nace como educador, como *tipo* (modelo) de todo educador.

5. La filosofía en el sistema educativo español

Volvamos ahora la mirada hacia la filosofía en el sistema educativo español. Atendamos a los contenidos que no indico al ser de sobra conocidos.

¿Es eso filosofía? ¿O es, si nos atenemos al mero desarrollo de contenidos tan excesivos en tres insuficientes periodos lectivos, la mejor forma de vacunar a nuestros alumnos contra la filosofía? Muchos profesores se quejan del poco aprecio que los alumnos tienen a la filosofía. Y más alumnos se alegran de haberse librado de ella.

Vuelvo a preguntar. ¿Es eso filosofía? ¿Qué tiene que ver eso con el ideal socrático? Quede claro que no estoy reivindicando la ausencia de contenidos sino la pertinencia de los mismos. ¿No debería ser nuestra prioridad como filósofos extender el amor a la sabiduría?

Para colmo de males si a estos currículos les añadimos el ya considerado *espíritu crítico*, el desprecio de la razón, de la verdad y, en consecuencia, de la belleza y el bien está casi asegurado.

Y es que tengo para mí que, además de los currículos, el gran enemigo de la filosofía en nuestras aulas somos los profesores de filosofía.

³¹ ... el instante debe tener un sentido decisivo en el tiempo, de tal modo que yo no pueda olvidarlo en ningún instante, ni en el tiempo ni en la eternidad, ya que lo eterno, que antes no era, llegaría a ser en ese instante. Søren Kierkegaard. "Migajas filosóficas". En *Escritos*. Madrid. Trotta, 2016, vol. 4/2, p. 34.

6. El profesor de Filosofía

¿Por qué lo digo?

Si pudiéramos entrar en muchas de las aulas en las que se imparte filosofía en el Bachillerato y en nuestro país, nos podríamos encontrar alguna de las siguientes situaciones:

- ✓ *Profesores que están obsesionados con explicar el currículo completo y a supersónica velocidad.* Lo importante es el programa. Se les da la información a los alumnos a fin de evaluarles sobre ella, pero no hay el menor atisbo de hacerla comprensible. Entre otras cosas porque no hay tiempo para ello.
- ✓ *Profesores de manual.* Algunos de ellos con la misma preocupación que acabamos de comentar. Se han estudiado un manual y se limitan a repetirlo. Si hay alguna duda, se remite al alumno al libro. Para aprobar: estudiar lo que el libro dice.
- ✓ *Profesores ideológicos.* Convierten las clases de filosofía en clases de difusión de su propia ideología. Ahí tenemos sobresaliendo a los de la izquierda woke dando lecciones de los múltiples “-ismos” y acusando a los alumnos que les ponen la mínima pega de otro “-ismo”, el de Mussolini. No son los únicos ideólogos, también, por desgracia, los hay de otros palos. Así la clase de filosofía se convierte en un mitin continuo.
- ✓ *Profesores de debate.* Suelen partir de que no hay verdad convirtiendo sus clases en un conjunto de actividades sin ton ni son en las que abundan los debates. Los alumnos hablan de todo sin saber de nada. Y el profesor asiente a todo. Todo o, casi todo, vale. Al fin y al cabo, la filosofía no es más que hablar, hablar, hablar... Exposiciones, debates, películas, etc. Entretenimientos variados y aderezados con las últimas tecnologías. Es la gran difusión del espíritu crítico.
- ✓ *Preparadores de las pruebas de acceso a la universidad.* Algunos en primero de Bachillerato y muchos en segundo. Generan materiales, lo más breves posible, y carentes de sentido porque un alumno no entiende lo que no se le explica. Al alumno se le obliga a aprendérselos de memoria y a repetirlos cual papagayo. Se le facilitan comparaciones ininteligibles y se le facilitan textos tipo en los que siempre tienen que contar lo que previamente se le ha facilitado. (Siempre por escrito a fin de que lo memorice bien). Lo importante reside en que los alumnos escojan Historia de la Filosofía en vez de Historia de España y que en la prueba de acceso saquen buena nota. La sensación del alumno cuando acaba es que los filósofos son una panda de descerebrados e inútiles que, o bien por el consumo de algunas sustancias o bien por ser unos desequilibrados o unos caraduras que han vivido del cuento, se han dedicado a decir tonterías adornadas con unos términos incomprensibles. Eso sí, los papás y mamás

están contentos, las direcciones de los centros más y el profesor tiene prestigio entre sus compañeros porque su media está por encima de la de los institutos o colegios de la zona e inclusive de la propia comunidad autónoma. (A este respecto me resulta patético ver cómo el día en que llegan las actillas con las notas de las pruebas de acceso se pegan para conseguirlas y se ponen a calcular las medias de todas las materias a fin de compararlas entre sí y hacer valer su materia y, sobre todo, su profesionalidad).

Sé que hay otras situaciones, pero lo que me preocupa de las que he comentado y de otras del mismo estilo es que nuestros alumnos pasan por la filosofía al menos dos años de su trayectoria académica y la idea que la mayoría se lleva de ella es la de un absoluto desprecio. Desprecio por algo que llaman filosofía pero que no tiene nada que ver con ella.

Pero no desesperemos, es posible enseñar filosofía de otra forma. Se puede atender a algunas de las cosas a las que hay que atender, pero sin renunciar a la filosofía. Se puede hacer frente a los programas y también a las pruebas de acceso, pero de modo que la filosofía se presente como amor a la sabiduría con todo lo que esto, como ya sabemos, supone.

7. *Notas esenciales del profesor de Filosofía*

Este otro modo de enseñar filosofía tiene que contar con profesores que tengan una serie de notas esenciales. Creo que es preciso pararnos a reflexionar sobre algunas de ellas.

a. Filósofo

Lo esencial a profesor de filosofía es que sea *filósofo* y si tiene estudios de filosofía, mejor que si no los tiene. Quien ha recibido la vocación a la sabiduría no puede eludir el asombro que le produce la belleza de lo real y, en consecuencia, la búsqueda y espera de la verdad y la encarnación en su vida del bien mediante el ejercicio ascético del único buen combate, el que se ejerce en el interior de sí mismo. Y, siempre, por amor.

Es por lo que no se es filósofo por haber estudiado filosofía, sino que se estudia filosofía por ser filósofo. El tábano socrático, la voz del *daimon*, con su continua mordida le insta a entrar en las cuestiones, a dialogar con otros filósofos en la lectura y en la escucha atenta. Se es filósofo siempre, a todas horas, no solo cuando se imparte clase. Para el filósofo el estudio no es un *hobby* sino una *exigencia*. Los líos de la vida nos azusan como a los demás y el tiempo escasea, pero hay que aprovechar aquel del que dispongamos, aunque sea poco, para estar metidos en los asuntos. Esa es nuestra vocación ya que, si no estamos en ello, ¿qué vamos a enseñar?, ¿qué vamos a aportar a los hombres que nos rodean que, aunque no hayan recibido nuestra vocación sí tienen inscrita en su naturaleza la llamada a la sabiduría, a la vida buena?

Lo importante no es ser un Platón o un Aristóteles, por citar a dos de los grandes filósofos, sino buscar y esperar e ir comprendiendo en primera persona lo poco o mucho, generalmente muy poco, que se pueda ir comprendiendo y luchar, en medio de nuestra miseria, para hacer vida lo que vayamos viendo a fin de seguir buscando y esperando y continuar provocando vida buena.

Y, repito, *siempre* por amor. ¿A quién? Al *próximo*.

b. Educador

Es por lo que el filósofo, si lo es, asume su responsabilidad frente al otro. Es educador, nota esencial.

Para asumir dicha tarea debe ser conocedor del corazón humano. De ahí que, a mi parecer, asunto ineludible del filósofo es la cuestión antropológica y, más aún, hoy día en que se va desdibujando la comprensión de la realidad personal. No menos ineludible la ética. Un sólido conocimiento de lo bueno y su fundamentación, así como de la dinámica de la acción moral.

Evidentemente no excluyo ningún problema, pero los asuntos antropológicos y éticos son imprescindibles en nuestra esencial misión de educadores. Recordemos, por vez tercera, la definición de educación que antes proponíamos:

Educar es un arte, *el arte de encauzar el deseo provocando la apertura de la inteligencia y movilizandó la voluntad a fin de que acontezca el instante que engendre en el educando vida buena y lograda (eudaimonía) que sea fecunda iluminando la vida de los otros.*

c. Profesor de filosofía

Entramos en el aula como *profesores* no *instructores* y tampoco *socializadores*. *Profesamos* nuestra inmerecida vocación: somos *tábanos profesorales*.

No debemos ser meros transmisores de información (instructores). No niego que tengamos que transmitir información, pero lo importante es generar sabiduría: conocimiento que, si es verdadero, genera vida buena. Nuestra enseñanza debe morder porque siempre tiene que ser provocadora y lo será si parte de la vida, la nuestra. Ahí situada llamará a la vida de cada uno de nuestros alumnos.

Tampoco somos *socializadores*, difusores de *moralinas* que buscan la integración social de nuestros alumnos convirtiéndoles en meros ciudadanos con misión de obedecer acríticamente cualquier ley (*ciudadanía*). Sí, tenemos la misión de hacerles ver que la vida buena, a la que les llamamos desde el conocimiento de lo que las cosas y personas son, es un conocimiento que les convoca a generar mundo social fundado en

el rostro del otro, en la relación yo-tú que el amor hace posible. Y es que la filosofía es *pro-vocadora de amor*.

El profesor de filosofía es, por vocación, *maestro de vida* que tiene que sacar el pecho para ofrecer la leche nutricia que ha recibido³² y de la que vive. Esa es nuestra *profesión*.

d. Puertas siempre abiertas

Nuestra enseñanza no se acaba cuando dos minutos antes de sonar el timbre los alumnos menos avezados comienzan a recoger contagiando al resto. El timbre es para nosotros, filósofos, la llamada a estar *siempre disponibles*. Los pasillos y las puertas, tanto de la sala de profesores como del departamento, siempre abiertas. Si el café tiene que esperar que lo haga; si no se puede tomar, ¡qué más da! *Siempre disponibles* para atender a todo el que se nos acerque provocado por nuestra pobre enseñanza. Donde la vida buena comienza a aflorar, la acogida se torna imprescindible. Si preferimos el café al alumno, este pensará que solo le hemos aportado bonitas palabras que, en el fondo, son sonidos vacíos porque no son encarnadas en la vida: la nuestra.

e. Trasciende el aula

Nuestra enseñanza, nuestro no saber radical, trasciende el aula. Los que han sido heridos de vida por el tábano filosófico comienzan una andadura. Llegan a casa y calientan la cabeza de padres y hermanos; salen con los amigos y siguen calentando la cabeza de estos. Y vuelven al aula y te buscan en el patio para contarte desde el rechazo frecuente hasta las pegadas y dudas que les han planteado o que, simplemente, les surgen. Se ha iniciado la vida. Y no debe acabar.

¿Acaso no tenemos la responsabilidad, la obligación moral, de acompañarlos cuando nuestra enseñanza haya llegado a su fin?

Por ello, ya desde hace años, cuando al final del Bachillerato aquellos que, heridos por la mordedura de la verdad, se me acercan resistiéndose a que lo iniciado acabe allí hago algo no muy bien visto: les doy mi teléfono invitándoles a que me escriban o llamen. Ninguno me llama, pero la gran mayoría me escribe queriendo quedar conmigo a tomar un café o una cerveza. He tenido, y tengo, el regalo de ver cómo muchos de ellos van avanzando en su búsqueda y espera y cómo van haciendo suya la *sophía* que es *eudaimonía*. Y, de entre esos regalos, el de que algunos de ellos, pocos -como debe ser-, hayan tomado el testigo introduciéndose en el aula con el firme propósito de *corromper*

³² Soy catedrático, conozco los males de nuestra enseñanza y acerca de ellos he escrito algo. Y el mal mayor es que, por lo general, quien más pone no pone al enseñar más que su inteligencia. Raro es el que saca el pecho y da su sustancia propia; el alumno no siente el calor de la teta al labio. Nuestra enseñanza es una enseñanza con biberón. Miguel de Unamuno. *Nicodemo el fariseo*. Madrid. Encuentro, 2007, p. 17.

la vida torcida y alumbrar vida buena. No debemos limitar la filosofía al aula porque la vida auténtica la trasciende.

f. Nunca ideólogo

Una de las grandes tentaciones es la de convertirnos en *ideólogos*: transmisores de respuestas rápidas que, o bien, son rechazadas por nuestros alumnos o asumidas por algunos como prejuicios. Debemos ser pacientes, invitar a pensar, a descubrir en primera persona y, eso sí, dar razones sólidas que sean comprendidas indicando caminos fiables de búsqueda desde nuestro camino propio. Si convertimos la filosofía en ideología, renunciaremos a ella y no provocaremos vida. Nunca ideología, siempre verdad. No tengamos prisa.

g. Alfa y Omega

Los que aquí estamos hemos sido agraciados con un encuentro de amor. Hemos descubierto que la verdad es asunto de amor y nos ha sido donado, como no podría ser de otro modo, su personal rostro porque el amor es asunto de personas. El rostro que nos ha sido regalado es el de Cristo. Él se nos ha revelado como el *Alfa* de nuestra búsqueda y se ha trastocado en el *Omega*, el Amado, al que descubrimos en cada verdad descubierta, en cada persona encontrada y en él amada.

Encuentro y encuentros que nos hacen caminar en compañía (*synousía*) hacia el que será definitivo en un cara a cara de amor eterno, en vida buena sin fin.

Hemos comprendido que la voz del *daimon* es su voz, la del Maestro. Él es, el Cristo filósofo, nuestro *Maestro interior*.

Por ello el ser cristianos no nos exime de la filosofía, nos sumerge más adentro en la búsqueda, más hondo, porque el que no ama no puede entender y vivir y el que no entiende y hace vida lo entendido no puede amar. Es el encuentro con Cristo, para un filósofo cristiano, un reto filosófico de seriedad y hondura que es difícil de comprender por aquel que, siendo filósofo, no ha encontrado a Cristo y, por desgracia, también por muchos de nuestros hermanos cristianos que habiéndose encontrado con Cristo nos miran con recelo, el de que podamos dinamitar su fe.

He ahí nuestro reto, nuestra misión para con unos y otros. Para con los primeros, siendo ejemplo de la implicación filosófica de nuestra vida y para los otros, manifestándonos como testigos de que la búsqueda y espera de la verdad hace de nuestro amor, por Cristo y por nuestros hermanos, un amor apasionado que no se aburguesa, a pesar de nuestras miserias. Un amor en el que todo no está hecho porque el amor y su espejo, la vida buena, siempre buscan crecer.

8. Enseñar filosofía hoy

No es fácil enseñar hoy y la dificultad aumenta si lo que se pretende enseñar es filosofía. Según opinión generalizada la filosofía es inútil, no sirve para nada. Y somos nosotros los profesores de filosofía, si entramos en una discusión baldía intentando justificar nuestra utilidad usando el ya discutido mantra del espíritu crítico, los que contribuimos a consolidar el antifilosófico prejuicio.

A pesar de la dificultad creo que hoy sigue siendo posible enseñar filosofía. Tenemos muchas cosas en contra pero la naturaleza humana está de nuestra parte. La *inquietudo cordis* se podrá anestesiar, pero siempre aflora. Lo importante, y lo complicado, es tocar la tecla adecuada.

Me gustaría antes de terminar poner de relieve algunas cosas que he podido descubrir a lo largo de mis años de docencia y que me han ayudado, y ayudan, a que un buen número de alumnos, por desgracia no todos, sean tocados y empiecen a comprender la importancia que la filosofía tiene para su crecimiento personal.

a. Los ogros no filosofan

Un profesor de filosofía no puede entrar a clase de cualquier forma. Su mera presencia debe ser socrática. Aquí entramos en el problema de siempre: la autoridad. ¿Cómo hacerme con la clase?

A veces la solución del problema no es fácil y creo que no hay recetas, pero sí un principio básico: *Los ogros no filosofan*. Entender la clase como un campo de batalla en el que los alumnos están frente al profesor y el profesor frente a los alumnos no posibilita enseñar nada y menos filosofía.

La enseñanza de la filosofía requiere un ambiente de mutua confianza en el que el alumno se sienta protagonista del quehacer filosófico. Eso es lo que debemos conseguir. ¿Cómo? Sigo pensando que no hay recetas, pero sí sé que la autoridad no se impone, se gana y se hace con la mera presencia que genera un particular modo de estar en clase.

b. Pertinencia

Para enseñar filosofía hay que partir de un principio metodológico básico: *Cualquier respuesta a una pregunta no pertinente es una respuesta impertinente*. Hemos de hacer las cuestiones *pertinentes* por lo que resulta necesario no solo conocer la psicología de nuestros adolescentes sino su mundo. Ojos y oídos abiertos. Cuando cambiamos de clase, cuando estamos de guardia, en los tiempos de recreo tenemos que ir conociéndolos, comprendiendo lo que les mueve. Uno a uno y ganándolos. Tienen que

ver que su realidad nos interesa porque nos importan. Si los tenemos de nuestro lado, es fácil hacer las cuestiones pertinentes. Partir de lo suyo para llevarlos a lo nuestro y hacerles entender que lo nuestro es suyo.

c. *Mayéutica*

Tras la pertinencia, la *mayéutica*. Hay que plantear la clase de filosofía como lo que es, un camino hacia la verdad. De ahí que nuestra pretensión deba ir más allá de que el alumno tenga información e inclusive la comprenda. Buscamos que la encarne en su vida como verdad inolvidable (*aletheia*). El mero hecho de ser tocado por la verdad, aunque sea una sola, agita la voz interior del *daimon* porque se hace más audible y se percibe así la exigencia de vivir conforme a la verdad descubierta.

La mayeútica es *irónica y dialogal*. Irónica porque se convierte en labor de desbrozo, de arranque de las malas hierbas -las opiniones-. Pero ¡cuidado!, la ironía socrática es siempre exigente y respetuosa. Lucha contra el brillo aparente y vacío de la *doxa* dando razones sin falacias que atenten contra la persona. Exige a la razón del alumno que entienda porque la opinión sustentada como si fuera verdadera (*episteme*) no se sostiene.

Aquí tenemos que trabajar desmontando los aparentes oros, por relucientes, de nuestro tiempo: Cientificismo, materialismo -especialmente el que se nos presenta como neurociencia-, relativismo gnoseológico en su versión *performativa* (cada uno crea su realidad) y relativismo moral. Y, como ya sabemos, el trabajo no es fácil. Es necesario que argumentemos con solidez, cercanía y respeto absoluto a nuestros alumnos recordando que, por respeto a la persona, *hay que apreciar las (opiniones) valiosas, pero no las malas*³³.

Desmontando prejuicios habremos ayudado a generar más pertinencia: la docta ignorancia que posibilita la búsqueda de la verdad. Ahí comienza el diálogo que en clase será exterior pero que debe abocar al diálogo interior de cada uno de nuestros alumnos con el maestro que habita dentro, con la voz daimónica. Ese es nuestro trabajo: pro-vocar diálogo.

Y, ¿cómo hacer esto? ¿No es una utopía?

No. Hemos de asumir un estilo de enseñanza socrático. Nuestras clases, aun cuando los alumnos no intervengan por las razones que sean, deben ser siempre ejercicios de mayeútica. No hemos de repetir temarios como papagayos. Ni aún en segundo de Bachillerato. Todo debe tener sentido, mejor o peor. Y el sentido hay que comprenderlo, pasarlo por el filtro de la razón propia y, sobre todo, animar a que se pase por el filtro de la vida.

³³ Platón. *Critón*, 47a.

d. Razón y palabra (*logos*)

Logos. Razón. Lo tenemos claro. *Razón cordial*, no instrumental. Shestov nos lo recuerda: *Dos por dos son cuatro es ya un principio de muerte*³⁴ y, en el mismo sentido, el muy mal entendido pensamiento pascaliano: *el corazón tiene razones que la razón (instrumental) no conoce*³⁵.

La razón cordial es la sabia razón, la que encarna la verdad en la vida. Ese es el *lógos* filosófico cuyo recto ejercicio genera virtud que no es técnica, ni prudencia, ni ciencia, ni entendimiento sino sabiduría en el sentido integrador del que ya hemos hablado.

Pero el ejercicio de la razón no es solitario. Por ello engendra palabra que se dirige hacia otro (*dia-logos*). Lo que nos muestra que el instrumento principal y fundamental de la enseñanza de la filosofía es la palabra (*logos*).

Podemos utilizar mil medios, digitales o no digitales, películas, cortos, podcast, pero todo tiene que acabar en la palabra, la nuestra y la del alumno.

Es por lo que, según van pasando los años, cada vez uso menos medios y los que uso son para promover, no interferir, el ejercicio de la palabra.

Un curso lectivo da para poco. Tres periodos lectivos semanales que tienden a los cuarenta y cinco minutos, siendo generosos. El tiempo es escaso y, para la mayoría de nuestros alumnos, la filosofía no volverá a pasar por sus vidas. Es, por ello, que hay que apostar fuerte y poner todo nuestro esfuerzo en la palabra (*logos*) que haga ejercitar la cordial razón y sin perder una sola oportunidad. Así que dejémonos de parafernalias y vayamos a lo fundamental: la palabra.

e. Diálogo, no debate

¿Qué palabra?

Platón, en *Fedro*, distingue entre dos usos de la palabra: el *retórico* y el *dialéctico*³⁶.

Sabiendo que la palabra es guía del alma (*psikagogía*)³⁷, el rétor u orador construye discursos convincentes. Lo suyo es una *techné* cuyo fin es proporcionar a la mayoría la consecución de la virtud. ¿Qué virtud? La que te convierte en un buen *ciudadano*. En alguien inane que se deja vivir por la opinión, pero no vive en la verdad y de la verdad.

La pedagogía del alma del *dialéctico* huye de la técnica porque la virtud, la sabiduría, no se puede enseñar, únicamente se puede pro-vocar. Palabra que se puede confundir con la del retórico porque, aunque prefiera la pregunta, a veces, debe utilizar el discurso.

³⁴ Lev Shestov, L. *De Atenas a Jerusalén*. Madrid. Hermida, 2018, p. 424.

³⁵ Blaise Pascal. *Pensamientos*, 277.

³⁶ Platón. *Fedro*, 265c-274a.

³⁷ *Ib.*, 271d.

Pero pregunta y discurso buscan siempre la verdad porque solo la verdad engendra vida buena, sabiduría. Esta es la palabra del filósofo.

Es claro que esto lo sabemos, pero, a veces, los chicos pesan y la semana y el curso. Y llega la petición adolescente: “Profe, una clase de *chill*. Un *debate*”. Y picamos. Otras veces cedemos a la moda de los clubes de debate.

¡Cuidado! No olvidemos que no somos hombres de *debate*, de oratoria, que busca vencer convenciendo sino hombres del diálogo que busca la verdad.

El diálogo no entiende de brillantes opiniones, por bien presentadas y habladas con la magia de una palabra bien articulada y de un discurso construido para brillar. (De ellos vive el debate). Nosotros somos filósofos y profesores de filosofía y hemos de apelar a la razón, no al sentimentalismo del brillo palabrero, y utilizar argumentos, nunca sofismas ni falacias. Buscamos y esperamos la verdad y no nos conformamos con opiniones. Es lo que hemos de hacer patente siempre, y sin cansarnos, desde nuestra profesión de socratismo.

f. Lucha contra la ideología

Enseñar filosofía no es fácil, insisto. Además, nuestro tiempo lo dificulta. La hipervaloración del cálculo como sustituto de la razón nos propone como sabios a los que se les da bien hacer cuentas. No es de extrañar que la IA vaya por el camino de ser la encarnación de la sabiduría que se alcanzará mediante el imperio del algoritmo.

Dicho reduccionismo hace difícil el ejercicio de la razón y, en consecuencia, la vida buena. Pero ese es el trabajo del filósofo: abrir la razón para que la vida auténtica, la buena, pueda surgir.

El problema es que podemos desesperar y, al hacerlo, pasarnos al reino de la opinión y del discurso retórico, carente de verdad. Si lo hacemos, nos convertiremos en manipuladores de almas. En los peores ya que *corruptio optimi pessima*.

Cuidado con convertirnos en ideólogos. Es mejor no ser entendidos, pero no cejar en el empeño de que la razón de nuestros alumnos se abra a la verdad, que darles respuestas ideológicas que, aunque coincidieran con la verdad, no lo serían por no estar apoyadas en un ejercicio propio de recta razón.

Creo que en esto hemos de tener especial cuidado los que a nuestra condición de filósofos unimos la de cristianos. Siempre atentos a cualquier posible sesgo de ideología en lo que enseñamos. Sócrates no entiende de prejuicios, de opiniones, pero Cristo menos aún: ... *conoceréis la verdad y la verdad os hará libres* (Jn 8,32).

Verdad, siempre verdad, solo verdad a pesar de que sea difícil su conocimiento y, más aún, vivir conforme a ella.

g. La filosofía como el buen cocido: a fuego lento

La verdad es como el buen cocido, se cocina a fuego lento. Por ello el ritmo de la filosofía es el lento de los consistentes platos de cuchara. No hay que tener prisa.

Todo debe ser razonado, explicado y ello requiere tiempo. No podemos dar nada por supuesto porque todo supuesto cierra al conocimiento e imposibilita la verdad.

Es por lo que, e insisto de nuevo, hemos de centrarnos en lo importante y no perder tiempo con los medios que utilicemos. (No estarán mal siempre y cuando nos abran a lo fundamental). Toda clase tiene que ser oportunidad de verdad sabiendo que cada uno tiene su propio ritmo y que estamos sembrando y acostumbrando a ejercitar la razón con rectitud.

h. ¿Programa?

Inmediatamente surge una pregunta-objeción. Y, ¿el programa? Me parece que en filosofía este debe ser adaptado donde se pueda, especialmente en primero de Bachillerato, de tal forma que lo importante no sea hablar de todo a gran velocidad para acabarlo. Lo auténticamente valioso no es el programa sino nuestros alumnos y su iniciación en la búsqueda de la verdad. Ese debería ser el principio rector de nuestra enseñanza.

Ahora bien, puede ocurrir que haya dificultades que nos limiten.

La más acuciante, el programa de segundo de Bachillerato y las pruebas de acceso a la universidad. Los contenidos son inevitables y el tiempo escaso. A pesar de ello, no debemos explicar el pensamiento de los filósofos haciéndolo ininteligible sino más bien trabajar de tal modo que nuestros alumnos puedan meterse en la piel del pensador y pensar como él. Desde ahí se puede presentar el quehacer filosófico como búsqueda de la verdad y de la vida buena y mostrar a nuestros alumnos la urgencia de la sabiduría que siempre debe empezar como búsqueda personal que, tras cada verdad encontrada, se ha de traducir en vida.

9. Sabiduría y amor

Concluyamos ya.

Agaposofía, eso es filosofía. Amor a la sabiduría. Sabiduría que no es otra cosa que la vida en el bien, vida buena (*eudaimonía*). Bien encarnado desde el amor al rostro del otro. Por ello, quien ama a otro es el que puede encaminarse a la sabiduría personal que es consecuencia de la implicación en la provocación de la sabiduría en el tú al que se ama.

Nosotros somos filósofos, educadores y profesores de filosofía. Los sujetos predilectos de nuestro amor son nuestros alumnos y debemos implicarnos en *la pro-vocación* de la vida buena (sabiduría) en ellos. Apelar a la razón que siempre es cordial porque implica vida. Contribuir a su ejercicio y, sobre todo, a que la verdad descubierta se haga vida.

Esa es nuestra misión. Y la nuestra, como toda misión, sueña con el cumplimiento de su fin. Soñamos con que, en todos y cada uno de nuestros alumnos, se produzca lo que Apolodoro dice de sí en el *Banquete* platónico:

*Antes de conocer a Sócrates, andaba yo de acá para allá, sin rumbo fijo creyendo que hacía algo, cuando en realidad era el hombre más desgraciado del mundo...*³⁸

Desde ese sueño, que pone delante de nosotros nuestra vocación *pro-vocándonos*, termino con una oración y no al *daimon* socrático sino al maestro interior, Cristo. Hago mía la de Sócrates al final de *Fedro*³⁹ modificándola y recreándola en Cristo filósofo:

Oh, mi Cristo amado, concédeme el ser bello en mi interior. Y que cuanto tengo al exterior sea amigo de lo que hay dentro de mí. Ojalá considere rico al sabio y toda mi riqueza sea la sabiduría que es beber de tu vida y vivir en ella, amarte y hacerlo siempre en la pro-vocación de tu vida, de la vida buena, en los otros.

Amén.

³⁸ Platón. *Banquete*, 173 a.

³⁹ Platón. *Fedro*, 279 c.